

## XV

### EXPLICACIONES

A las cuatro de la tarde de aquel mismo día entró el Vizconde en el cuarto de su prima, que le aguardaba sola.

Regina estaba vestida de negro.

Su traje, de raso, descubría las bellas proporciones de su talle, completamente desarrollado ya, á pesar de su corta edad: su vestido, cerrado hasta su hermosa garganta, era liso y severo, y únicamente animaba su sombrío y uniforme color un pequeño y rico cuello de encaje blanco que llevaba sobre él, y unas mangas de igual clase, que, por su hechura holgada y elegante, permitían descubrir una parte de sus torneados brazos.

Llevaba guantes puestos, como si se tratase de un acto oficial, y la piel gris-perla que cubría sus manos era tan fina, que en nada aumentaba lo diminuto de su tamaño.

Arturo estaba también vestido de negro.

Había visto tan pocas veces á su prima, aunque vivía bajo el mismo techo que ella, y por

otra parte el carácter de Regina le inspiraba tan poca confianza por su grave frialdad, que, para él, no existía persona en el mundo á quien pudiese tratar con menos lisura y franqueza.

El Vizconde entró sin anunciarse, pues Regina había alejado á todos sus criados.

—Te esperaba, dijo friamente á Arturo cuando éste apareció en el umbral.

—Perdóname, pues, repuso el joven, inclinándose con grave cortesía.

—¡Oh! no es esto decir que hayas tardado, no! repuso Regina, con la sonrisa fría y tranquila que le era habitual.

Y señalando al Vizconde un asiento enfrente de ella, añadió:

—Breve será nuestra conferencia, pues en ella sólo tengo que hablarte de sentimientos que conoces muy bien.

—Ignoro lo que quieres decir, Regina, murmuró el Vizconde, un tanto confuso.

—Tranquilízate, repuso aquélla sin perder su fría sonrisa: yo te explicaré con toda claridad lo que deseo que comprendas. Ya sabes, Vizconde, continuó, eludiendo con este tratamiento toda franqueza, ya sabes que tu venida aquí tuvo por objeto el traer una carta de tu padre al mío, en la cual aquél pedía mi mano para tí.

—Lo sé lo mismo que tú.

—Tampoco ignoras que la tal petición agradó mucho á mi padre, pues en aquella carta se le

prometía que tú dejarías la carrera militar para vivir conmigo á su lado; asimismo sabes que yo, que entonces tenía libre, ó por mejor decir, vacío mi corazón, accedí sin oponer objeción ninguna.

—Lo sé también, contestó el Vizconde, picado algún tanto de la palabra *vacío* que Regina había usado, tratándose de la época en que ya le había conocido.

—Está bien, repuso Regina; pero lo que no sabes, y voy á revelarte, es que he mudado de parecer y que no quiero ya casarme contigo.

Al oír aquella osada declaración, el Vizconde retrocedió asustado, y clavó sus grandes ojos oscuros en el bello rostro de su prima, que no se alteró ni pintó la emoción más leve.

—Creo, Vizconde, prosiguió la joven, que tú eres de mi mismo parecer; que no me amas, y que serás dichoso evitando nuestro enlace.

—No se trata de averiguar si yo seré feliz casándome contigo, ó no, Regina, dijo Arturo, que poco á poco había ido recobrando su serenidad: se trata del honor de tu familia, que es la mía, y es forzoso que, aunque nos haga infelices á entrambos este casamiento, aunque sea para nosotros una pesada cadena, es forzoso que se lleve á cabo.

—No tal, Vizconde, repuso Regina sin alzar la voz, sin inmutarse, sin alterarse en lo más leve.

—Por Dios, Regina, exclamó Arturo, levantándose con el semblante pálido y los ojos animados; por Dios, reflexiona que todo Madrid tiene ya no-

ticia de nuestro proyectado enlace; piensa en que mañana van á firmarse los contratos, y en que está invitada para asistir á este acto la más escogida nobleza de la corte.

—A pesar de todo, no quiero casarme contigo.

—Pero dime al menos, por qué.

—Te lo diré, á pesar de que lo debes suponer: porque no te amo.

—¿Y piensas acaso que yo te amo á tí? exclamó el Vizconde con amarga exaltación y olvidando ya todo miramiento.

—¿Y qué me importa que me ames ó no? prorumpió Regina, soltando una carcajada tan fresca, serena y jovial, que Arturo quedó atónito otra vez.

—Basta, señorita, dijo éste tras un rato de silencio y pasando ambas manos por su abrasada frente; ¡basta! Se casará V. conmigo, pues prefiero sacrificarme y sacrificarla, á dejar á V. en libertad para que cometa alguna imprudencia que mate á sus padres.

—Si yo fuera como las demás mujeres, caballero, me desharía ahora en lágrimas y haría á usted sentimentales amenazas; le diría: ¡Ya he avisado á V. que no le amo! ¡Será V. infeliz! ¡Me mataré! Pero, señor Vizconde, en mí no cabe esa blandura, que por lo regular siempre queda reducida á palabras. Yo digo lisa y llanamente «no quiero casarme con V. porque no me agrada para marido, y no me casaré.»

—Pero ¿y sus padres de V...? ¿Sus padres, que con tanto amor la han criado, que con tal extremo la aman?

—Si es así, no se opondrán á mi dicha: ahora es cuando trato de probar su decantado amor. ¿Tengo, por ventura, que agradecerles el que me hayan educado en el fausto y la opulencia? ¿el que me hayan hecho orgullosa y altiva? ¿O pretende V. que les esté reconocida porque le han presentado á mí diciéndome: «Cásate con ese hombre, porque así podrás permanecer á nuestro lado divirtiéndolo nuestra vejez?»

—¡Oh, qué ingratitud! exclamó Arturo, dolorosamente afectado.

—Soy ingrata, sí... ¿Qué quiere V.? Desde que he nacido, todo se ha doblegado á mis deseos, á mis caprichos. Si tiene V. hijos, Vizconde, no desoiga mi consejo: quebrante su voluntad, para que le sean sumisos y, sabiendo vencerse, sean felices: ahora le repito por la última vez que no quiero casarme con V.

—Pues vea V. cómo ha de ser, porque yo no renuncio á su mano de V.

—¿Prefiere V. que le haga el desaire de renunciar yo á la suya?

—Ese desaire dejará, al menos, ileso mi honor, exclamó Arturo.

—Pues sea: no se apure V. por tan poco, y déjelo todo á mi cargo.

—¡Reflexiona todavía! ¡Piedad para tus padres,

piedad para tí misma, Regina! Yo también amo á otra mujer y sacrifico mi amor: ¡imitame, por tu bien! exclamó Arturo, volviendo á tratar á su prima de tú para suplicarle.

—Yo tengo por costumbre no imitar nada, Vizconde, dijo Regina con helada y desdeñosa altivez; pero si alguna vez caigo en la tentación de imitar algo, no será, en verdad, un sacrificio que, por lo bajo y vergonzoso, no merece el nombre de tal.

El Vizconde, mudo de sorpresa, de indignación, y combatido por mil diversos pensamientos, salió de la estancia: al llegar al corredor oyó la fresca voz de Regina que cantaba el aria de salida de Rosina en *El Barbero de Sevilla*, con tanta agilidad como perfección.

## XVI

### PRESENTIMIENTOS Y ESPERANZAS

La aurora del siguiente día encontró despiertos á los Marqueses de Villalta y á Regina. Aquellos padres, idólatras de su hija hasta un extremo culpable, vieron aparecer con íntima tristeza el día en que los contratos matrimoniales ligaban á aquella hija tan amada á otro sér que no era ellos.

—¡Hoy perdemos á nuestra hija! dijo la Marquesa, no bien entró en el cuarto de su esposo, dejándose caer bañada en llanto en un sillón.

¿Sería que el instinto materno hacía adivinar á aquella mujer tan buena, tan generosa, tan amante, la catástrofe que se preparaba?

El corazón de una madre adivina todo lo que interesa á sus hijos.

—¡Perder á Regina! repitió el Marqués, cuyos severos ojos chispearon y cuyas mejillas palidieron intensamente: si tal supiera, continuó, ¡no la casaría jamás!

—¡Perdemos la mejor parte de su corazón! dijo la pobre madre, meciendo tristemente la cabeza.

¡Ella amará á su esposo mucho más de lo que nos ama á nosotros!

—¡Oh, no, no! ¡Eso no puede ser... no será! exclamó impetuosamente el Marqués, levantándose y cruzando la estancia á grandes pasos. ¿Hará por ella su marido lo que nosotros hemos hecho, y no es ella el espejo donde siempre nos hemos mirado? ¿No hemos buscado para ella nobleza cuando sólo éramos unos simples particulares? ¿No he conquistado en mil empresas arriesgadas, y con mil inauditos trabajos, un caudal inmenso, para que ella fuese rica y opulenta? ¿No he prevenido con tu ayuda todos sus gustos, todos sus deseos, todos sus caprichos?

—¡El amor ahogará el recuerdo de todos nuestros sacrificios! murmuró la Marquesa, sin dejar de llorar.

—¡Calla, por Dios, Gabriela, ó vas á volverme loco! gritó el Marqués con todo el impetu de su violento carácter; ¡calla, por compasión!... ¿No sabes que tengo celos del que baila con ella en los saraos, del que la mira, y hasta del aire que azota sus cabellos, y de la luz que ilumina su frente? ¿No sabes que no admito más intermediarios entre ella y yo que tú? ¿No sabes que os confundo á entrambas en un mismo y tierno amor, como ella confunde en el mismo beso á la rosa y al capullo que corta de la maceta para adornar su pecho?... ¡Oh Gabriela!... ¡Si tú me faltas, ella sola será el lazo que me ate á la tierra, porque es tu hija!...

¡Si ella vuela al seno de Dios, sólo mientras tú vivas permaneceré en este mundo de dolores, y mi alma, unida con la tuya, irá en busca de Regina á otro mundo mejor!...

Un largo silencio, interrumpido á cada instante por los sollozos de la Marquesa, sucedió á las ardientes frases de aquel hombre, tan amante esposo como cariñoso padre.

—Basta de llorar, Gabriela, dijo el Marqués cuando hubo logrado serenarse; reflexiona que el que va á ser esposo de tu hija no la separará de nosotros; piensa que él conservará en el corazón de su esposa el cariño que nos debe, y que en él tendremos otro hijo que nos amará tanto como Regina.

—¡Quiéralo Dios! murmuró la Marquesa enjugando sus ojos.

—Sólo á Arturo hubiera yo concedido la mano de Regina, continuó el Marqués; sólo á él, que reúne nobleza antigua, gran fortuna y generosos sentimientos, hubiera yo entregado mi tesoro; sólo á él, que venía garantido con la promesa de vivir á nuestro lado: así, pues, Gabriela, consuélate; tus temores son tan injustos como infundados: ¿hay acaso algo de común entre el amor conyugal y el filial? ¿Dejaste tú de amar á tus padres cuando empezaste á amarme á mí?

—No, respondió la Marquesa, llevando el pañuelo á sus ojos, que no dejaban de verter lágrimas amargas; no dejé de amarlos; pero ¡de cuán

diferente manera los amaba! Pedro, es muy triste la misión de los padres, y nosotros no podemos huir lo que Dios mismo ha dispuesto. Todos los amores de la tierra tienen en su fondo algo de amargura y de ingratitud, y acaso encierra, más que ningún otro corazón, el corazón de un hijo: nosotros hemos criado á Regina dándole la parte mejor de nuestra vida, todos nuestros pensamientos, toda nuestra ternura, y ella nos olvidará, ó poco menos, por su esposo, por un hombre que nada ha hecho aún por ella, y para el que nosotros la hemos guardado.

—¿Culpas acaso á nuestra hija, Gabriela? preguntó el Marqués, admirado de hallar injusta y dura á su esposa por la primera vez de su vida.

—No, no la culpo, repuso ella con amargura; eso es la ley humana, y no pretendo derogarla ó que se modifique por mí; pero recuerdo lo que pasó en mi corazón cuando empecé á amarte, y éste llora sangre al pensar en lo que pasará en el de mi hija.

—¿Y crees tú que Regina ama á Arturo como tú me amabas á mí? No, Gabriela; ¡no es el mismo temple el de vuestras dos almas! Regina sólo amará con pasión á sus hijos, y de esos no será por cierto de quien tengamos celos; ¡celos de unas criaturas dos veces hijas nuestras! ¿Hay acaso en la creación un sér más dichoso que el abuelo? Vamos, voy á hacerte la pintura de la vida que pasaremos aquí los cuatro; pero antes de empezar-

la, dime, ¿no es extraño que yo, con toda la dureza, con toda la violencia de mi carácter, tenga que consolarte á tí, que eres la misma dulzura, la misma mansedumbre?

Y el Marqués, al decir estas palabras, tomó con ternura las manos de su esposa y las estrechó con cariño entre las suyas.

En la frente de aquella esposa, aun joven, bella, y más buena que bella y joven, apareció la serenidad, y las lágrimas se estancaron en sus ojos.

Y sin embargo, su esposo, encanecido ya, no era ni galán, ni capaz de alimentar con su exterior la pasión que un tiempo había inspirado á Gabriela.

Pero ¿acaso no vale más que la pasión más exclusiva y más fuerte, no es más durable, más santo, más puro, el afecto del matrimonio? ¿No es lo que une los corazones con indisolubles lazos, lo que hace que dividan gozosos los pesares, las alegrías, y que se cruce esta vida con la sonrisa en los labios y la mirada en el cielo?

Tal era el afecto que unía á aquellos dos seres; el amor de Gabriela, primero y único de su vida, era tan ciego, que no había alcanzado á ver cómo envejecía el Marqués, que contaba catorce años más; ella, débil caña, se había apegado al árbol robusto, y si éste era azotado por el huracán, apenas llegaba un soplo á su dulce compañera. Gabriela no había visto el estrago que la violenta pasión de la ira había hecho en las facciones de

su esposo; para ella era siempre joven, hermoso, gallardo, ó mejor dicho, para ella era el único hombre que existía en los ámbitos del mundo.

Dócil á su voz como siempre, todas las nubes que invadían su alma se corrieron con aquella casta caricia, como las nubes del cielo cuando las barre y las ahuyenta un rayo de sol.

El Marqués, sin soltar las pequeñas y blancas manos de su esposa, continuó así:

—¡Verás qué dulce y hermosa es nuestra vida! Por la mañana nos reuniremos en el comedor. Se me olvidaba decir que los novios ocuparán toda la parte principal de la casa; á nosotros nos bastarán las habitaciones más modestas del interior. Después del almuerzo, vosotras dos saldréis un rato, y yo saldré también con Arturo; por la tarde recibiréis algunas gentes, ó Regina tocará el piano, en tanto que tú trabajas en tu tapicería que te divierte tanto; si lo preferís, daremos los cuatro un paseo, y esto será todos los días en el buen tiempo: después de la comida iremos á algún teatro; tomaremos abonos en todos; daremos cada invierno tres bailes lo menos, es justo; ahora nos hemos de echar al mundo para hacer alarde de nuestros hijos, que lo merecen: ¡no faltaba más sino que siguiéramos llevando esta vida de cartujos, fastidiosa y triste! Recibirémos además, de confianza, un día á la semana; se cantará, las muchachas bailarán, se tomará té, ó el té será un pretexto, porque se les dará además á nuestros

amigos chocolate, dulces y helados. ¿Para qué queremos, si no, nuestra fortuna? ¿A quién hemos de darla? Vale más que la gastemos, que la luzcamos, que brillemos... ¿No te parece lo mismo, Gabriela?

—Sí, respondió la Marquesa, que poco á poco se había ido dejando arrastrar por las risueñas ideas de su esposo; sí, Pedro, ¡la pobre niña apenas ha disfrutado nada en el mundo; que lo vea después de casada!

—¡Y qué gozo será cuando tengamos un nietecillo fresco, rubio y rosado, Gabriela!

—¿Rubio? no, no podrá ser rubio, porque sus padres tienen ambos el cabello negro.

—Los niños, sin embargo, son rubios casi todos; pero si el nuestro no lo fuera, ¡tanto mejor! será más hermoso, y su belleza de un genero más nuevo; ¡un niño blanco y rosado con el cabello y los ojos negros, sería una cosa adorable! ¡Cómo le haría yo cabalgar sobre mis rodillas! ¡Cómo jugaría con él! Se llamaría Pedro, como yo; y si fuera niña, Gabriela... hay nombres jóvenes y frescos que siempre parecen de niña, y el tuyo es de esos...

—Si es niña, dijo la Marquesa, yo me las entenderé con ella, es justo; eso me pertenece á mí.

—Bien; pero te pido por Dios que no te desconsueles; no sabes lo que me hace sufrir el verte triste: ahora, querida Gabriela, anda á ver si Regina se ha levantado ya; pero no le demuestres tristeza ó pesadumbre, pues ella que, como

ya sabes, no es muy alegre, se entristecerá también; ¿por qué hemos de recibir lo que es una dicha para todos con semblante ceñudo?

—Tienes razón, Pedro, dijo Gabriela; te prometo que Regina no me verá triste.

La Marquesa se dirigió al cuarto de su hija, que, en efecto, estaba ya levantada; acababa de alejarse de la ventana, desde donde había visto sacar el cadáver de la señora de Rivera, junto al cual iban el Vizconde y Justino, que había querido dar así á su adorada madre la última prueba de su amor.

Regina se separó de su ventana no bien el fúnebre convoy dobló la esquina de la oscura callejuela, y se dejó caer en un sillón, con el semblante cubierto de una nube de tristeza al pensar en el dolor de Justino.

Así la encontró la Marquesa, que pudo estrecharla contra su corazón sin que ella se apercibiese de su entrada.

La amorosa madre atribuyó la triste expresión difundida por el rostro de su hija al acto que se preparaba para aquella misma noche; haciendo violencia á su propio dolor, la colmó de caricias y consuelos, y se retiró para informarse del estado de los preparativos del salón.

No bien hubo salido la Marquesa, la fisonomía de su hija adquirió de nuevo esa tranquilidad perfecta, fruto de una resolución irrevocable; toda duda, toda vacilación había desaparecido de su alma.

Se levantó, arregló ante un espejo sus cabellos, cambió su gorro de cama por otro ricamente guarnecido de encajes; se echó sobre los hombros una manteleta, y fué á reunirse con sus padres y su primo.

Al verla éste tan serena y reposada, al contemplar su admirable tranquilidad, un pensamiento brotó en su mente.

—¿Habrá cambiado de propósito? se preguntó. ¿Consentirá en que se lleve á cabo nuestro casamiento? ¡Oh, pluguiese al cielo! Yo sacrificaría todo el reposo de mi vida: yo inmolaría el naciente amor que ocupa mi corazón, y apartaría de él la dulce imagen de Eugenia, por la felicidad de ese noble anciano y de esa santa mujer que tanto me han amado siempre.

¡Ay! ¡el Vizconde no conocía el carácter y el corazón de Regina!

Esos caracteres de hierro, esos corazones helados, no se ablandan ni se entibian por nada.

El amor los calcina y los abrasa; pero hasta el amor que abriga es fatal, pues semejante al cráter de un volcán, arrastra y consume cuantos sentimientos tiernos engendra la naturaleza, del mismo modo que la encendida lava devora las suaves y perfumadas flores.

## XVII

### LA MALDICIÓN

Era llegada la hora de firmar los contratos.

Las personas más distinguidas de la corte llenaban el salón de los Marqueses de Villalta, espléndidamente iluminado.

La Marquesa, joven aún, pues no pasaba de los treinta y ocho años, hacía los honores con una gracia delicada que le era habitual y que tenía un atractivo indecible, á pesar de estar velada por una extremada tristeza.

La Marquesa de Villalta era una de esas mujeres suaves, dulces como el aroma de la violeta, cuya única ocupación es embellecer y recrear cuanto las rodea. Tierna hasta la debilidad, su boca parecía formada sólo para los besos ó la sonrisa; pura en pensamientos y en acciones, su plácida frente era tan tersa y hermosa como en los primeros días de su adolescencia.

Nunca habían bramado las pasiones en su seno; su único amor se lo había inspirado el hombre á quien dió su mano, que, aunque de bastante más